

Caja 1-232-1-9A

BIAAL

# LA NOVELA SEMANAL



La Degollación de los Inocentes  
por ATILIO M. CHIAPPORI

PRECIO. 10 Centavos

# Opinión de dos eminencias médicas sobre el "Hierro Nuxado"



E. Sauer, M.D.

El doctor Sauer, médico bostoniano que ha estudiado en instituciones europeas y americanas, dice: "Cien veces he dicho ya que el hierro orgánico es el mayor de los vigorizantes. Si la gente arrojase lejos de sí las medicinas de patente y los cocimientos nauseabundos y tomase Hierro Nuxado, tengo la convicción de que se salvarían miles de vidas que al año se pierden por pulmonía, gripe, tisis, desórdenes de los riñones, hígado, corazón, etc. La causa real y verdadera que originó esas enfermedades no fué otra que una debilidad constitucional traída por falta de hierro en la sangre.

No ha mucho se me presentó un individuo de cerca de cincuenta años para que lo examinase, pues quería asegurarse la vida. Me sorprendió con la presión de sangre propia de un muchacho de veinte, con el vigor, el ánimo y la vitalidad de un joven; en realidad, era un joven, a despecho de sus años. El secreto, me dijo, consistía en estar tomando hierro, Hierro Nu-

xado que le había inundado de nueva vida. A los 30, era enfermo; a los 40, ya no podía consigo, y ahora, a los 50, después de haber tomado Hierro Nuxado, era un milagro de vitalidad, con todo el verdor de la juventud.

El hierro es absolutamente necesario para que la sangre pueda cambiar el alimento en tejido vivo. Sin hierro, no importa cuánto se coma o lo que se coma, el alimento pasa por el cuerpo, sin provecho alguno, sin fortalecer, dejándole debilitado, pálido, enfermizo, lo mismo que una planta tratando de crecer en suelo desprovisto de hierro".



S. Jaques, M.D.

El doctor Schuyler C. Jaques, cirujano externo del hospital de Santa Isabel, en Nueva York, dijo: "Es la primera vez que trato de medicina fuera de una obligación, o que hablo para publicidad, pues no suelo creer en ello. Mas en el caso del Hierro Nuxado, creería faltar a mi deber si no lo mencionase. Yo mismo lo he tomado y lo he dado a mis pacientes, con resultados sorprendentes y satisfactorios. Y los que quieren aumentar su energía, vigor y resistencia, hallarán que es un remedio notabilísimo y prodigiosamente eficaz."

Pidan

# SAGARDUA

ES LA MEJOR SIDRA

## LA NOVELA SEMANAL

Administración: FLOREIDA 248 - Buenos Aires — U. T. 946, Avenida  
UNICO CONCESIONARIO PARA LA VENTA EN LA CAPITAL FEDERAL: LUIS B. GALVAN.  
Agente en Montevideo: C. CHECHI, Florida, 1408.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.  
Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, Núm. 633.  
Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.  
Agencia en Córdoba, Alta Gracia y Río 4.º, NICOLAS GULFO.

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA E INTERESANTE  
DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

### PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso, 2.ª edición.
2. La huelga, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría), 2.ª edición.
3. Artemis, de Enrique Larreta (agotada), en reedición.
4. Una madre en Francia, de Belisario Roldán, 3.ª edición.
5. Luna de miel, de Manuel Gálvez.
6. La Psiquina, de Ricardo Rojas, en reedición.
7. Werther y Don Juan, de J. Ingenieros, (agotada), en reedición.
8. El cofre de ébano, de Alejandro Sux (agotada), en reedición.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El instinto, de Pedro Sondereguer, 3.ª edición.
11. La evasión, de Benito Lynch (agotada), en reedición.
12. La ciudad del amor y de la muerte, de Julián de Charras.
13. El Babú de Naranyana, de Carlos Muzzio Sáenz Peña.
14. Expiación, de J. L. Fernández de la Puente.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton.
16. Plutón, de Julio Navarro Monzó.
17. Bobó, de Miguel R. Roquendo.
18. La esfinge, de Julio del Romero Leyva.
19. En la senda, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Tolrá).
20. La voluptuosidad del poder, de Pedro Sondereguer, la parte (agot.).  
" " " " " " 2.ª " "
21. El tul violeta, de la Sra. d. R. de Orlandiz.



## ¿Tiene Vd. canas?

Usando el «Wakaymonó» loción japonesa, se obtendrá siempre su color, natural, no mancha, no es nociva y su aplicación no ofrece dificultad.

«Wakaymonó» tiene treinta años de éxito en el Japón y es introducido por primera vez en nuestro país debido al intercambio comercial.

Frasco: Instantánea \$ 8.-, Progresiva: \$ 5.- Encomienda 0.50 cts.

CASA WAKAYMONÓ - 479 - SALTA - 479  
BUENOS AIRES

CACHETS

**FUCUS**

**FARMACIAS**

QUE PERMANECERÁN  
ABIERTAS EL

**DOMINGO 21 DE ABRIL**

CACHETS

**FUCUS**

Alsina 1801  
Alsina 2500  
Av. de Mayo 830  
Av. de Mayo 1102  
Alm. Brown y W.  
Anchorena y P.  
Avellaneda 2100  
Avellaneda 2000  
Avellaneda 3399  
Av. La Plata 1851  
Av. S. M. 3562  
Arenales 899  
Arenales 1246  
B. Mitre 2357  
Bebedero 4201  
Belgrano 257  
Belgrano 1300  
Belgrano 2000  
Belgrano 3602  
Brasil y S. P.  
Callao y Posadas  
Callao 760  
Cabildo 2402  
Cabildo 3400  
Cangallo 1201  
Cangallo 1501  
Cangallo 4100  
C. Pellegrini 214  
Carlos Calvo y S.  
Carlos Calvo 2812  
Carlos Calvo 3601  
Caseros 2602  
Caseros 2988  
Colodrero y N.  
Cochabamba 1202  
Corrientes 1700  
Corrientes 2099  
Corrientes 1345  
Corrientes 2600  
Corrientes 4515  
Córdoba 2600  
Córdoba y B.  
Constitución 2802  
Cullen y B.  
Charcas y S.  
Charcas 1000  
Charcas y H.  
Charcas 2300  
Chiclana y B.  
Chubut 525

CACHETS

**FUCUS**

Quitan el dolor de cabeza,  
libran de los resfríos  
y dominan la  
influenza.

Cajita de un cachet **0.25**

Donato Alvarez 836  
Esmeralda 599  
E. Unidos 602  
Falucho 1131  
F. Lacroze 3017  
Florida 159  
Garay 1799  
Giribone 284  
Goyena P. 99  
Habana 3800  
Humberto I 2392  
Huergo y A.  
Independen. 399  
Independen. 1401  
Independen. 2002  
Independen. 2500  
Independen. 3402  
Independen. 4001  
Independen. 4300  
Iriarte 2199  
Jujuy 35  
Juncal 2902  
Junín y M.  
Juramento 1699  
Laguna y A.  
Las Heras y P.  
Lavalle 3301  
Libertad y Par.  
Lima 1686  
Méjico 901  
Mendoza P. 2093  
Monroe 2899  
Monteagudo 799  
M. de Oca y B.  
Neuquen 1001  
Olavarría 666  
Paraguay y J.  
P. Unidas 3100  
P. Unidas 6100  
Rio Janeiro 660  
Rivadavia 3501  
Rivadavia 5199  
Rivadavia 6800  
Rivadavia 7165  
Rivadavia 8200  
Rivadavia 9502  
Rivera y M.  
Rocamora 4599  
Santa Fe y T.

CACHETS

**FUCUS**

Santa Fe 3202  
Santa Fe 5362  
San Juan y B.  
San Juan 1699  
San Juan 3558  
Salguero 1400  
San Martín y Tu.  
S. Salvador y A. E.  
S. Adela y T. E.  
Sarmiento 799

Suárez 253  
Soler 4201  
Triunvirato y G.  
Tucumán 2102  
Thames y S. R.  
Urquiza y A.  
Uspallata 602  
Viamonte y P.  
Vian.onte 3400  
Velazco y T.

CACHETS

**FUCUS**

DIRECCION:

**MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO**

---

EL LUNES PROXIMO SE PUBLICARA

23. **EL APOSTOL DEL AYUI**

del afamado literato JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY

SUCESIVAMENTE

---

24. **"HOLOCAUSTO".**

del distinguido escritor CESAR CARRIZO.

---

# La degollación de los inocentes

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE

**ATILIO M. CHIAPPORI**

A Emilio Becher.

—¿Llego tarde...? — preguntó Blanca Gavarni con su eterno aire extenuado, mientras avanzaba en la terraza del Salón.

—Llegas al par del más bello verso de Catulle Mendés — repuso Edgardo Siemens, señalando la bandada palomariega que acudía a los querenciosos arcos del pórtico.

Alzó ella sus ojos, siempre vehementes, al cielo ya crepuscular del Retiro y dijo, tendiéndole la mano desnuda:

—¿De Mendés...? No recuerdo.

Con la voz todavía trémula por la ansiedad de la espera, Edgardo Siemens musitó:

—“;Je t'aime! dit l'essai des colombes qui passe”.

Suavemente, sin mirarlo, desprendió ella la mano prisionera y fué a acodarse, silenciosa, en la balaustrada. Al propio momento, una paloma zurana, descendida del enjambre, posábase en el chapeo calañés del Vallázquez por Benliure que preside el Jardín; y, en su inmovilidad subitánea, el plumaje azulceniciento, transflorado en verdes metálicos y cambiantes almagres morados, fundía tan absolutamente su tono con la pátina de la estatua que daba la sensación de ser ella misma también de bronce. En frente, sobre las palmeras, un cárdeno destello del ocaso encendía las máylicas policromas del Pabellón Argentino — eanoblecido, entonces, por la irrealidad de la hora y la fronda vernal de la Plaza San Martín.

---

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

---

PIDANSE EN LOS KIOSKOS, ESTACIONES DEL SUBTERRANEO Y VENEDORES DE DIARIOS, LOS NUMEROS ANTERIORES

Era el último día del Salón que, todas las primaveras, presta su nota de arte y de entusiasmo al ambiente señorial y engolado del Retiro; y, para Edgardo Siemens, aquel suave crepúsculo de fines de Octubre magnificaba la última esperanza de un ya lejano, pero latente, encanto de primera juventud. Así llegara con mucha anticipación a la cita, impulsado por la certidumbre — fugaz miraje de su propio afán — de que Blanca también sentiría, después de tanto tiempo, el vivo anhelo de acercar el momento decisivo.

Sin contestar las implacables ofertas del vendedor de catálogos ilustrados, media hora antes transpusiera los cuatro peldaños que conducen a la primera sala. Allí no había un alma; pero, conteniendo su impaciencia, detúvose un minuto frente al retrato de señora, mesurado y tranquilo. — “académico”, según el decir despectivo de los “rechazados” — que mereciera el Premio de Pintura. Y en esa contemplación instintiva, cedía Edgardo a un vago sentimiento de gratitud hacia la incógnita dama de ojos bondadosos que perpetuaba; pues, al pie de ella — como bajo su auspicio y haciendo los que admiraban una auténtica consola Luis XIV — pudo concertar, a media voz, con Blanca, en el encuentro ocasional del día anterior, la entrevista impostergable de esa tarde. Advirtió de pronto, la ausencia de las “corbeilles” de crisantemas que adornaban el mueble magnífico — retiradas, seguramente, por su grado de marchitez — y ese mero detalle de mayordomía angustióle el ánimo cual signo de mal augurio. Alejóse, repentinamente contriado.

En el recinto contiguo, dos parejas — familiares hasta a los guardanes — ocupaban, espalda contra espalda, el mismo sitio del diván central que eligieran el día del “vernissage” al instalarse para prolongar allí, de seis a siete, durante un mes y bajo las miradas indiferentes de las imágenes, quién sabe qué pretérito e inocuo “flirt”. . . La salita de los grabados, desierta, como siempre; mas en ella tuvo Edgardo un segundo de sobresalto. Sesgados por la cortina que la separa de la rotonda de escultura, veíanse dos tobillos nerviosos y finos, inquietos en la curva del canapé. En menos de un pestañeo contuvo su emoción. Seguro de que era Blanca, dióse un golpe, “bien aprendido”, a la corbata y entró tranquilamente, con el aire desprevenido de quien llega por azar. Sin embargo, su instinto, de ordinario tan agudo, traicionárale esa vez. Era una joven y blonda pintora de inmensas pupilas azules que, desde su primer envío al Salón, traía conturbada a la impulsiva falange de “fauves”. Tan absorta estaba la grácil artista en el examen de un yeso enorme y grotesco titulado “El Destino Trágico”, algo así como un carrero desnudo en ademán de asestar la fusta — el invariable simulacro pretencioso, sin emoción ni sentido, que los jurados aceptan “por este trozo bien modelado” o “por aquel movimiento de líneas” — que Edgardo cruzó, a dos pasos de ella, sin ser visto. Ya en el corredor, para evitarse la recorrida inútil de las tres salas restantes, interrumpió al guardián en la grave tarea de ajustar su reloj con el de la Torre de los Ingleses, preguntándole:

— ¿Hay alguien en las otras salas... ?

— Nadie, señor...

— ¿Nadie... ? — insistió en tono displicente, mientras encendía un Kedive.

— Como Vd. lo oye, señor... Es decir: está el señor Torrini;... pero ¿público?... ca... Los últimos días, ya se sabe...

—¡Es cierto: me olvidaba... gracias... — murmuró esquivándose hacia la terraza, tanto para cortar la cháchara del buen hombre como para eludir al intermediario de los artistas, con quien tenía apalabrado una "Bailarina" de Thibon de Libian que seguramente terminaría por adquirir, pero no por cierto, en esa ocasión.

La terraza no estaba desierta. En uno de los bancos alternados con macizos de plantas decorativas y las "piezas fuertes" de esta, tuaría — las que reclaman o soportan "el aire libre" — hallábanse tres jóvenes sombríos que también, desde el día de la inauguración habían elegido un sitio intransferible para repetirse todas las tardes, de seis a siete, entre un cigarrillo y otro, las mismas amargas frases rituales de artistas incomprendidos:

—¿Qué me cuentan de ese adefesio? — decía uno, señalando cierto "Adán" mutilado "a la antigua".

—¡Y pensar que han rechazado tu "Ariel"! — indignábase el del medio.

Y el tercero:

—Lo mismo pasa en pintura. ¿Qué me dicen del Premio?

—"Pompier", m'hijo, "pompier"...

Y el primero:

—Vean, muchachos, vámonos... para no ser cómplices ni con la presencia!

Y en seguida se fueron, como todas las tardes — esa vez hasta la primavera siguiente — silenciosos y dignos.

Edgardo quedó solo. La sorda desazón que iba creciendo en su espíritu por el retardo de Blanca, convitióse, ante esa escena lastimosa, en verdadera pesadumbre. También él había sentido el mordicante dolor de alma del "rechazado", cuando a los veinte años, presentárase con varias acuarelas — ágiles y justas de valores — a la Exposición de la Sociedad de Aficionados. Pero su orgullo salvólo de la miseria de las lamentaciones y no volvió a tocar los pinceles. Después de aquel suicidio artístico, derivata en el diletantismo de entonces — fino y hondo conocedor de todos los regocijos de la inteligencia y de la sensibilidad. En ese momento, el carillón de la Torre de los Ingleses entonaba el sonsonete de la media hora:

Frère Jacques, Frère Jacques  
Dormez-vous? Dormez-vous?

Segundos después llegaba Blanca Gavarni.

\*  
\* \* \*

Así, acodada en un balaustre y con la vista lejana, trafale al recuerdo aquella luminosa mañana de Mar del Plata en que la perdiera a causa de un lamentable trance de galantería. Camaradas de la infancia, casi común, por el grado de amistad de sus familias, fuera la novia de los quince años y debía ser la esposa, en la plenitud de su talento y de su actuación social. Tal desénlace estaba en el ánimo de todos, parientes y conocidos; y perfumaba, como una flor de ilusión, el secreto de sus propias almas. No faltaba sino la palabra decisiva; y esa palabra iba a ser pronunciada aquella mañana, en los peñascos del antiguo Torreón, bajo el cielo marino, radiante como un Paraíso. Volvían de un largo paseo — de más allá de St. James — y habíanse detenido un momento a des.

cansar en las rocas que el agua, pulverizada por el oleaje, nimbaba de fugaces arco iris. Ella acodóse con languidez aparente en la piedra húmeda de salsedumbre, mientras sus ojos tendían a la inmensidad azul del mar, esa mirada llena de vida patética que tanto contrastaba con la habitual indolencia de su línea y de su porte. El sentóse al lado y se descubrió como quien presiente un prodigio. En el silencio que se hacía cristalino por el mismo compás rotundo de las olas, un alma esperaba tensa de ansiedad, y la otra sentía subir esa onda gélida de la emoción que anuda la garganta y aterciopela con un temblor de sombra las palabras solemnes.

Entretanto, por el mismo sendero arenoso había avanzado, sin ser sentida, hasta dos pasos de ellos, una silueta femenina con esa elegancia subrayada de las casquivanas; y, de pronto, volviéronse en sobresalto sincrónico, al oír, a sus espaldas, un:

—¿Permite usted, señorita?...—cortésmente pronunciado por la recién llegada.

Levantóse, de un salto, Edgardo, al ver a su ex-amiga Mlle. X\*\*\* y quedó estupefacto.

—Usted perdonará, señorita — prosiguió la aventurera — pero este señor y yo debemos cambiar pocas palabras... Siento en el alma hacerlo en este momento; mas he llegado anoche y debo partir en el diurno de hoy.

Blanca no contestó; y, sin mirarlos, volvió a sumirse en su contemplación indolente.

Edgardo seguía con ojos atónitos a la intrusa que, con mordiente sonrisa, indicábale un sitio próximo:

—Dos palabras, nada más... Tranquilízate, no traigo vitriolo...

Bastaron los pocos metros del trayecto para que su momentáneo anonadamiento se transformase en furor malcontento y le dijera, deteniéndola de un brazo:

—¿Qué es esto! ¿Un chantage?... Muy digno de la mujerzuela que eres!...

—Gracias;... pero no es chantage... Has sido verdaderamente espléndido conmigo... Me dejas casi rica... Otro no habría hecho tanto... Nada necesito.

—Entonces... ¿qué hay?

—Hay esta simple cosa: Yo no acostumbro a ser abandonada. Yo abandono siempre. En toda mi vida errante, has sido el único en atreverte; y, por eso, he querido reconocértelo despidiéndome personalmente — parto pasado mañana a Europa — y no con una carta y un cheque, como hiciste tu al venirte aquí.

—Pero, desdichada, ¿no sospechaste que tu presencia podía comprometerme?

—Estaba segura.

—Entonces, una perversidad!

—Una perversidad en un saludo. ¿No te parece bastante distinguida, tú que eres hombre de refinamientos?

—Mereces!...

—Todo lo que tu quieras;... pero, siguiendo mi costumbre, me marcho, antes de que me despidas. Adiós.

Y se fué simplemente, ágilmente, rayando, de trecho, en trecho, la arena pajiza del camino con el regatón de su sombrilla.

Cuando Edgardo quiso reunirse a Blanca, ésta avanzaba, impasible, por la playa, en dirección a la vieja Rambla. Alcanzóla y,

uesto al par, no supo que decirle. Todas las excusas resultábanle pueriles o torpes. La actitud de Blanca no acusaba la menor agitación; pero la palidez del rostro era tal que las ojeras — esas subitáneas ojeras de las agonías del alma — parecía extenderse, como dos alas, hasta las sienas.

—¿Te ibas? — balbuceó, al fin, Edgardo.

Durante un minuto ella no contestó. Luego, deteniéndose y mirándolo con fijeza imperativa, por toda respuesta, preguntó:

—Y tú, ¿cuándo te vas?...

—Yo.

—Sí, tú.

Comprendió él que cualquiera explicación o súplica serían vanas en ese momento — bien lo sabía desde la infancia — e inclinando la cabeza, murmuró con voz lacerada:

—Con el tren de esta noche.

No volvieron a cruzar una palabra más. Al día siguiente Edgardo llegaba a Buenos Aires.

Después había sido la lenta y gradual ruina de su personalidad, en una vida de disipación, durante los primeros tiempos — disipación de alma y de salud—hasta caer en el dandismo frío y egotista que redujo, más tarde, toda su preocupación a evitarse, en un ambiente extranatural, el más leve motivo de emoción o sentimiento humanos. En el transcurso de tres años — período en que Blanca se había casado y enviudara — a fin de aturdir su desgracia, Edgardo dióse con verdadero frenesí a las curiosidades de arte y de literatura, como quien se da a la bebida. Espíritu femenino, con todos los entusiasmos exagerados y los hondos desfallecimientos genéricos, aquella malhadada escena que, para un carácter de temple, hubiera sido un accidente ingrato pero susceptible de revisión, magnificaráala él en desenlace irreparable. De ahí que nunca tentase un acercamiento con Blanca — actitud en que entraba, por mucho, su irritable orgullo de solitario. El mismo arrebatado de hurafia soberbia que anulara antaño. para siempre, su carrera artística, quebraba, entonces, su destino afectivo.

¿Para siempre?

Edgardo — después de enviudar Blanca — preguntábaselo en sus escasos momentos de optimismo; pues, no obstante los esfuerzos realizados para anesthesiarse en la insensibilidad de esa vida artificial y libresca, la imagen de ella renacía al menor recuerdo familiar. Con pocos meses de intervalo fallecieron, por aquel entonces, sus padres; y, en la crisis de ese nuevo dolor que vencía su consigna de impasibilidad y le develaba, en su total aridez, la perspectiva del camino elegido, volvió a pensar en Blanca. Mas no en vano habían transcurrido tres años de misantropía y de vida extática. Su voluntad de acción, nunca muy fuerte, declinara, en ese lapso, a grados alarmantes de abulia. Los deseos nacíanle muertos, pues, una vez sentidos, perdían todo valor, no solamente de fuerza virtual, sino también, personal, subjetiva. Apenas registrados por la conciencia, resultábanle desvinculados, extraños; y los mantenía, únicamente, de modo contemplativo; ya que, en esa especie de desprendimiento por atomía, se objetivaban cobrando el carácter de episodios ajenos — acaso leídos — sin más vínculo de unión con su yo responsable que las curiosidades — estampas o libros — coleccionados amorosamente en su "garconiere".

En tal trance de ánimo, enteróse, de pronto, que Blanca partía

con los suyos a Europa. Ese fué, sin duda, el período más grave de su crisis; pues, desvanecido el propósito — expectante y apático — pero propósito, al fin, que dramatizara un tanto su plano espiritual, revelábasele, desesperadamente, la uniforme inutilidad de los días. Retrájose, en absoluto, de cualquier apego social, no recibiendo sino a un amigo fraternal, médico, con quien comía una vez por semana. Y en tan estricto aislamiento, llegó, naturalmente, a cobrar horror a las horas ruidosas de la ciudad, que turbaban, con una impresión de afán, el voluntario marasmo de su retiro. Así invirtió, de golpe, el ritmo de su existencia, convirtiéndose en perfecto noctámbulo doméstico. Levantábase al obscurer y pasábase las noches en lecturas peligrosas — su biblioteca ocultista era una de las más nutridas — u ordenando, ayudado por un viejo sirviente, las colecciones de “potiches” raros y de esmaltes antiguos. En esos meses escribió una sobresaltada serie de siluetas imaginarias, titulada: “Presencias y Fantasmas” que editara a tiraje reducido y sin librarla nunca al público. Entretanto había llegado a tal extremo de inquietud e hiperestesia que las alucinaciones eran ya cotidianas. Por suerte, la oportuna y enérgica intervención del amigo, advertido a tiempo, por la servidumbre, alcanzó a salvarlo del delirio. Este impúsole, fuera del tratamiento adecuado, la obligación inexcusable de abandonar su casa, todos los días, por algunas horas. El mismo pasaba a buscarlo y se lo llevaba a Palermo. Por último consiguió que lo acompañase en un corto viaje a Montevideo. De regreso, la misantropía de Edgardo quedaba casi vencida.

—Ahora, lo que te falta es trabajar — decíale una noche.

—Bien. Pero ¿en qué?

—En cualquier cosa.

—Ya no puedo escribir.

—No importa... y acaso ni te convenga. ¿Por qué no pintas, como hace diez años?

—Ah! no! eso nunca!

En su afán de encontrarle distracción en aptitudes afines, recorría el amigo, con la vista, la biblioteca y las mensulas de la sala de trabajo donde conversaban. De pronto tuvo una idea.

—¿Por qué no haces chucherías de esas?... — dijo, señalando un grupo de plaquetas de gran mérito.

—¿Chucherías?... —subrayó cariñosamente Edgardo.

—Bueno, obras maestras; tanto mejor!

—Quizá tengas razón... En ese trabajo no ha de sentirse el tiempo... Pero ¿y la técnica?...

—Todas las técnicas se aprenden.

—También es cierto...

—Pues, decidete!

Días después poníase Edgardo a colorear pequeños vasos de arcilla y plaquetas de cerámica que luego enviaba a cocer a casa de un fabricante de vitreaux, sin sospechar siquiera que esa repentina afición, nacida de una plática cordial, iba a ponerlo, muy pronto, en la ruta de Blanca. Las primeras semanas fueron de simples ensayos, de tanteos, mejor dicho, realizados allí mismo, en un rincón de la biblioteca. Sin embargo, su intenso sentimiento del color y singularmente su refinado buen gusto, bastaronle, pese a las fallas de procedimiento y de práctica, para lograr efectos bellísimos, tanto por la extraña originalidad de

la composición como por la suntuosidad insólita de los tonos. Lo que abordara a simple título distractivo, llegó, insensiblemente, a apasionarlo a tal punto que no vivía sino para sus combinaciones de colores y la vigilancia de sus vidriados. Hasta el recuerdo de Blanca parecía esfumarse en esa constante atención de la rebusca y del detalle decorativos. A los dos meses ya había transformado su sala de billar en completo taller, provisto de elementos y del utilaje más modernos; y en el corredor contiguo disponía de un flamante horno eléctrico de tierra refractaria, la última palabra de la ingeniosidad yanke. Trabajaba toda la tarde y, a la oración, salía a recorrer casas de "marchands" y de anticuarios, sin excluir los promiscuos "cambalaches" de la calle 25 de Mayo o Libertad—en la pesquisa de ejemplares raros. En una de tantas visitas trabó relación con un anticuario florentino, Daniele Airolli,—el marqués Airolli, de estar a la corona que blasonaba sus tarjetas. Noble o no, Airolli era un hombre de mundo, inteligente e insinuante, que vestía como un gentleman y gastaba como un estanciero. Por contraste con los de su oficio, de ordinario incultos y sórdidos, Edgardo desbordaba en él sus entusiasmos de "amateur". Invitábalo a su mesa, tenía al tanto de sus experimentos y hasta solía pedirle consejo. Airolli, que en el fondo era un perfecto aventurero, se propuso explotar, en beneficio propio, la exaltación artística de su cliente. Buscábalo casi todas las tardes; maravillábase ante cualquier nada que saliera de manos de Edgardo y sugeríale proyectos vastos y deslumbrantes. Ya que con un horno "de juguete"—como él decía — lograba piezas "estupendas", ¿por qué no ensayarlo en grande, como Dios manda, y tentar nuevos procedimientos, las "grés flambées", por ejemplo, y llegar al pináculo de un Delaherche o de un Lachenal? Al fin y al cabo, ¿qué podía costar la instalación de un horno, en Flores o en Belgrano? Phs! una miseria! Edgardo, aunque seducido en el fondo, resistíase: la notoriedad no le tentaba, trabajaba para él solo.

—Perfectamente—insistía Airolli—¿y la idea de dotar al país de una nueva industria artística? ¿Había pensado en la trascendencia de una fábrica de cerámica en que se utilizaran motivos aborígenes y revivir de cierta manera el arte muerto de los calchaquíes?

—Sí, sí, muy hermoso — calmábalo Edgardo — pero eso exige una actividad que no puedo y, sobre todo, que no quiero desarrollar. No estoy para quebraderos de cabeza.

—Esa no es una objeción. Yo estoy a sus órdenes. Yo vigilaré eso, bajo su alta dirección.

Tanto hizo que Edgardo cedió y en veinticuatro horas quedó planeada, en líneas generales, la fábrica y resuelto un viaje a Europa para adquirir elementos y poner en pie la empresa. Irían primero a París; luego pasarían a España para visitar el taller del viejo Zuloaga en Segovia y las cacharrerías de Triana; de allí a Italia, madre de las manufacturas clásicas, especialmente a Venecia, por los esmaltes. Quince días después Edgardo y Airolli dejaban Buenos Aires a bordo del "Cap Arcona", previa firma de un contrato a favor del último como Director-Gerente, no por desconfianza—como él decía—sino porque "todos somos

mortales"... El director-Gerente gozaba, desde ese momento, de la asignación mensual de mil pesos...

La estada en Venecia habíase prolongado ya por un mes y Airolí apremiaba la vuelta a Génova para emprender el regreso y "poner en marcha la máquina". Edgardo, en cambio, seducido por el encanto primaveral de la ciudad de ensueños y de recuerdos—corrían los últimos días de Abril—no se decidía a partir. Luego, el 1o de mayo inaugurárase la IX Exposición Internacional de Arte y no quería perder esa oportunidad, única, de ver reunidas, en un certamen de la más alta selección, las obras capitales de los artistas modernos. Decidieron, al fin, que Airolí partiera en seguida y que Edgardo lo haría en el barco siguiente. Esta solución satisfizo enormemente a Airolí, quien apresuró los embalajes, se hizo extender, debidamente legalizado, un poder general—a fin de disponer de fondos a su llegada para la inmediata instalación—y estuvo listo en pocas horas. Esa noche obsequió a su "Director Artístico"—como él decía—con una principesca comida de adiós en el Lido.

El vapor siguiente zarpó de Génova sin Edgardo. Cada día que pasaba, la fascinación de Venecia ahondábase en su espíritu. Cada hora, cada minuto, ofrecían a sus ojos un aspecto diverso del mismo palacio, del mismo canal o de las mismas "zattere", vistos instantes fenecidos. Como ninguna ciudad del mundo, Venecia es poliforme e imprecisa. Surge concreta en este segundo y, apenas transcurrido, se esfuma en la irrealidad de los sueños. Venecia no vale sino por los instantes que exalta. Venecia no existe, se aparece; y la supervivencia se forma de un cúmulo de imágenes virtuales que tienen la duración y el valor de la sinceridad de los poetas y de los músicos. Así lo deslumbraba, todas las mañanas y tardes, en el Canal de San Marcos, al ir y volver de la "riva degli Schiavoni" a los "Giardini Pubblici" donde se levantaba la Exposición. Verdad es que aquellos días de mayo hacíanla digna de su tradición fastuosa, sobre todo en la Laguna, donde Edgardo tenía la ilusión de ver aparecer, de un momento a otro, entre las velas latinas, la pompa del Bucentauro como en la antigua ceremonia ritual. Eran sucesivas Venecias bajo el mismo cielo heroico. Venecias rutilantes en mañanas áureas o incendiadas en ponientes trágicos; Venecias glaucas, fantasmagóricas, densas de misterio—de esa sombra de eternidad que flota como un presagio en su aire nocturno y anida en la pátina que dramatiza el insistente blanco de las fachadas y el rojo profundo—el rojo cocido—de las cúpulas dominantes. Así transcurrió todo mayo.

Sin embargo, era forzoso partir. Acababa de recibir un telegrama de Airolí, apremiante y enigmático: "Algunas dificultades, parto Chile compra arcilla; urge su presencia". Conocedor de su carácter, Edgardo comprendió que si no se arrancaba, en el acto, no saldría nunca de Venecia. Precisamente dos días después desamarraba barco de Génova, y para no arrepentirse luego, retuvo telegráficamente camarote y facturó esa misma tarde su equipaje. Partiría con el tren de la noche. Dentro de las pocas horas de que disponía, quiso visitar, una última vez, la Exposición. A eso de las seis, al desembarcar en la "riva degli Schiavoni" para di-

girirse a su hotel, detúvose suspenso y el corazón palpitante. A unos diez metros y en dirección al "Ponte della Paglia"—donde durante todo el mes se apiñaba una muchedumbre de extranjeros para ver llegar o retirarse la góndola carcelaria que transportaba a la condesa Tarnowska de la Giudecca a las "Prigioni"—le había parecido distinguir la silueta de Blanca acompañada de una dama y otra niña. "No es posible", se dijo después de algunos segundos, y siguió hacia el palacio Danielli. Pero no había caminado cinco pasos que de nuevo asaltóle la duda. Volvió, y, precisamente en ese momento, ya en la curva del puente, Blanca miraba hacia el canal. Al reconocerla quedó como petrificado. Luego, sin reflexionar, sin una vacilación, sin saber siquiera lo que iba a decir, dirigióse rápidamente hacia ellas. Ya se habían mezclado a la muchedumbre, pero no debían estar lejos. Quiso su desgracia que, en el momento de llegar, se produjera un confuso remolino de curiosos que le opuso una valla insalvable. Era que salía de las "Prigioni" la góndola trágica de la Tarnowska, y aquellos que estaban apostados en la balaustrada que mira al Puente de los Suspiros corrían hacia la del Canal, para darle un último vistazo inútil.

Edgardo tuvo que emplear unos diez minutos, que le parecieron diez horas, para transponerlo; y cuando pisó el "Muelle" ya habían desaparecido Blanca y sus acompañantes. En vano cruzó casi a la carrera la Piazzetta, entró en San Marcos; recorrió la Piazza en medio de un revuelo de palomas que juzgó hostiles; llegó hasta las Procuratie; volvió sobre sus pasos, irritado con las palomas, odiosas que picoteaban el maíz arrojado por extranjeros, impidiéndole avanzar como su prisa; escudriñó los pórticos del Palacio Ducal, para volver al Muelle sin encontrar a Blanca. ¿Dónde estaría? Seguramente no había tenido tiempo para internarse en la ciudad. Lo más probable era suponer un embarque inmediato al cruce del puente. Abatido y con un fondo de amargo despecho que le subía a la garganta, siguió hasta el palacio Danielli. Repentinamente, al entrar, ocurriósele pensar: "¿desde cuándo estaría Blanca en Venecia"? De no haber llegado en esos días—o ese mismo día—resultaba raro no encontrarla antes en sitios de atracción para todos los viajeros... Inconscientemente se dirigió al "bureau" a consultar el cuadro indicador de huéspedes. Entre las últimas tarjetas leyó, atónito, una que decía: "Eugenia L. de Gavarni y familia". Hubiérase quedado allí quién sabe cuánto tiempo leyendo y relejendo esas dos líneas, de no sentirse tocar, discretamente, en el hombro. Era el "maneger" del hotel que le tendía su billete para el tren de esa noche y la guía del equipaje.

Por un momento tuvo Edgardo el impulso de romperlos en mil pedazos; pero dominándose en el acto preguntó al empleado mientras señalaba el casillero:

—¿Desde cuándo se hospeda esta familia?

—Llegó esta mañana, señor... Si no me equivoco son compatriotas suyos... Buenos Aires, ¿no?

—Sí, sí, mil gracias!—y dirigióse a sus habitaciones, como un ausente.

Arrojó el billete ferroviario sobre una mesa y se dejó caer en un sillón. ¿Qué iba a hacer? Demorarse no era posible. No le quedaba sino una "valija-necessaire" y no había tiempo ma-

terial para hacer volver sus cosas y transferir el pasaje a otro vapor. Y en el caso de que fuera posible, ¿para qué se quedaría? ¿Con qué seguridades? ¿Podía afirmarse él, a lo menos, que Blanca contestaría su saludo? Aun admitiendo eso, ¿lo habría perdonado? ¿Iba él a ponerse de rodillas? En fin, ¿estaría ella libre? Vaciló un momento y, levantándose, dijo en voz alta:

—Sí, es mejor que me vaya...—mientras pensaba amargamente: "¿para qué complicarme la vida"?

Y comenzó a ordenar sus papeles y recoger sus objetos íntimos. Pero mientras Menaba mecánicamente sus preparativos de viaje, una vaga idea, al principio, y un deseo creciente, en seguida, de verla otra vez, aunque fuese desde lejos y por un solo minuto, le hacía temblar la voluntad como una hoja al viento. Quiso luchar contra la tentación que le invadía para evitarse nuevos sobresaltos, pero no pudo; y en uno de esos estados primos, esporádicos, de los irresolutos y de los débiles de carácter, tuvo la voluntad violenta de ese deseo. Cerró incontinenti la valija y fuese a esperarla en el hall por donde forzosamente debía pasar.

Ya no estaba agitado ni pensaba siquiera en una mala acogida, como si ese acto de decisión lo hubiera templado de golpe en virtud del mero hecho de cumplirlo. Y eso que durante los momentos que transcurrían, veníanle a la memoria mil episodios de la infancia y juventud a puntualizarle la indeleble persistencia en Blanca de sus impresiones penosas o de simple desagrado. Contradictoriamente con su aspecto lánguido, animábala un alma recelosa y rígida,—ascética, hubiera dicho Edgardo, de no saberla uná gran criatura emocional y sensitiva—que se estaba siempre en peligro de lesionar. No es que fuese irritable o rencorosa ni que careciera de la flexibilidad mental de la tolerancia. Consistía en una especie de serenidad sensible y retentiva a la ofensa o la torpeza, como el espejo pulido del cobre lo es al ácido que lo muerde y guarda, después, grabado, su trazo por siglos y siglos;—hiperestesia que, en el orden físico, llegaba a extremos increíbles de pulcritud. Una gasa, una cinta ajada del traje, exasperábala hasta no poder soportarla; y el asco, en ella, transponía los límites de la peor repugnancia para convulsionarla como una enfermedad.

Con todo, Edgardo esperaba tranquilo, como si para él debiera realizarle un milagro. Y así fué. En una de las idas y venidas de su compás de espera, oyóse llamar, de pronto, a sus espaldas, con la misma sencillez que él la aguardaba.

Blanca venía a su encuentro, la mano tendida y los ojos cordiales.

—¿Tú aquí?...

—Desgraciadamente, por dos horas no más! — y fué a refugiarse en los brazos de la señora, que lo besó largamente como a un hijo.

En pocas palabras enteráronle de la causa de tan larga permanencia en Europa. Palmira, la hermana menor, necesitaba los aires de Suiza, débil como se había puesto del pecho. Quedara allá, en la montaña, con el padre, mientras ella distraía a Blanca y Néilda con esa corta gira primaveral por Italia. Sucintamente también, explicó Edgardo su viaje, lamentando la imposibilidad

de quedarse un solo día más. Y como sus palabras iban impregnadas de amarga contrariedad, la buena señora lo consoló.

—Pero puedes volver cuando arregles tus asuntos...

Edgardo, desorientado, no atinaba con la respuesta, cuando Blanca le preguntó:

—¿Has estado en Suiza?

—No.

—Ah! tienes que ver eso!

—Volveré, aseguró con el alma repentinamente firme.

La señora y Nélida subieron a sus habitaciones, diciéndole:

—¿Comerás con nosotras?

—Sí, señora.

Al quedar solos, sobrevino un instante de silencio que tornaba más angustiosa la inusitada inquietud de Blanca.

—Temí que no quisieras escucharme.

—¿Por qué?—preguntó ella con los ojos bajos.

—Aquella malhadada mañana...

—Sí, sufrí horribilmente; pero no habías llegado todavía a Buenos Aires que ya estaba arrepentida de mi dureza contigo...

—Tú—dijo Edgardo tan bajo que parecía un murmurio—¿pudiste olvidar aquella escena atroz?

—Tú no tenías culpa... Más tarde, sí, fuiste malo al no querer buscarme; y entonces me casé como pudiera haberme suicidado.

—¡Blanca, Blanca!—volveré pronto, en menos de tres meses—juró, tomándole las manos en un arrebato de los quince años—espérame para toda la vida!

—Yo te he esperado siempre—repuso ella con los ojos húmedos, al par que se desprendía para irse.

—Sí, hasta pronto; ya verás, ya verás!

Dos horas después, cuando en la soledad de los canales llenos de misterios y músicas del silencio vogaba la góndola de Edgardo hacia la Estación, rozando los jardines enclaustrados y los pórticos seculares, el alma apasionada y rediviva de Venecia henchía de esperanza la suya regocijada, mientras en el cielo denso de noche y de eternidad, pasaba sobre su cabeza algo así como un soplo ardiente, acaso el virtual "vuelo de bronce de su león alado".

\*  
\* \* \*

El desaliento que anulara a Edgardo a su arribo a Buenos Aires, cuando conoció la situación desesperada en que lo había sumido el aventurero Airoli, fué agravándose día a día hasta llevarlo, no ya a la negra misantropía de antes, sino a verdadero negativismo que a duras penas se logró vencer. No abandonaba el lecho, no pronunciaba palabra y resistíase a tomar cualquier alimento. Llegó a tal extremo la gravedad de su estado que hasta se pensó recluirlo en un hospicio.

El golpe había sido atroz. El, que venía rejuvenecido de entusiasmo, forjando proyectos, impaciente de los días y de los minutos, dispuesto a solucionar todos sus compromisos en cualquier forma para volverse antes de un mes, encontróse, no ya a un paso de la miseria, sino con sus bienes hipotecados y un manda-

niento de embargo de sus obras de arte y del mobiliario. La pobreza repentina, aun en esa forma de desvalijamiento, no lo habría trastornado en otras circunstancias; pero, entonces, después de su providencial reconciliación con Blanca, después de veinte días de ensueños y proyectos arrobadores, verse así, de golpe, en la insalvable posibilidad de realizarlos por su ciega confianza, su pueril confianza en un truhán de buen tono!... No pudo soportarlo; y, a raíz de un cablegrama desolador a Blanca:—"Me han arruinado, no puedo ir, máldiceme y olvídame"—no habían podido arrancarle una palabra más ni hacerle cumplir el menor acto de la vida diaria. Eso era casi la locura.

Aquel apresurado poder general que otorgara, aturdidamente, a Airolí el día de la principesca comida de adiós en el Lido, dejábalo sin una propiedad y además endeudado por giros en deseubierto. La catástrofe había sido rapidísima, pues Airolí, temeroso de que Edgardo cumplierse su promesa y viniera en el barco siguiente, no perdió un minuto en redondear su estafa. Tan rápida fué, que la persona encargada al partir para vigilar sus bienes—un viejo tío materno lleno de achaques—no tuvo tiempo de apercebirse. Cuando fué advertido por el gerente de un banco, era demasiado tarde. Todo lo que pudo hacer fué salvarlo de una ejecución inmediata, presentándose él mismo, con su gran fortuna, como garantía. En cuanto a Airolí, presumíase que, conforme al aviso de su cínico telegrama, huyera a Chile pero allí se perdía el rastro y las más tenaces pesquisas fracasaron. Tal vez fugase a Norte América, vía Pacífico; pero lo cierto es que nunca volvió a saberse nada de él.

Tres meses duró la convalecencia de Edgardo en la tranquilidad de la quinta del tío, sobre las barrancas de San Isidro. Durante ese tiempo había llegado una carta de Suiza que el médico ordenó retener. Más tarde, cuando Edgardo, ya sano, confió al amigo su encuentro con Blanca, su promesa, su deslumbrante alegría y, por último, el telegrama irreparable al conocer su desgracia, aquél decidió definitivamente no entregársela a fin de evitar una posible recaída. Devolvióla, él mismo, con otra explicativa, aconsejando interrumpir toda correspondencia por algunos meses...

Al principio Edgardo sufría lo indecible—en su corazón y en su amor propio—al no recibir una sola palabra de ella, aunque fuese de reproche. Pero mordía su dolor diciéndose: "Te lo mereces; no tienes perdón de Dios!"—Se acabó para siempre!" Y desde ese momento cada vez que sentía subir en su alma el recuerdo de Blanca, sumábase en las lecturas más prosaicas o salía a caballo hasta matarse de fatiga. Un suceso, por cierto, natural—la muerte del magnánimo tío—contribuyó al alejamiento de la imagen querida; pues el heredero de tan cuantiosa fortuna comportaba la imprevista e inmediata preocupación de su manejo, al par que ponía en sus manos inhábiles el finiquito de las tramoyas en que lo envolviera Airolí hasta entonces desenredadas, a medias, por el difunto tío. Vinose a la ciudad, instalóse en el Plaza, y durante un par de meses no supo lo que era un instante de recogimiento o de meditación; porque mezclado, así, de sopetón, a la vida afebrada de los Bancos y de los Tribunales, saltábale

el metrónomo del hábito, gracias al cual los hombres más ocupados y preocupados en las finanzas y en los embrollos, disponen siempre de un cuarto de hora para decir "buen día" a sus esposas o florecerse el ojal del smoking, al oscurecer.

Cuando, al fin, consiguiera "carta de pago" y recuperara sus bienes—sobre todo aquel "petit hotel" tan amorosamente alhajado, con sus colecciones artísticas y sus libros predilectos—surgió inminente el problema de "la vida nueva". Por un segundo—un rálampago de esperanza — pensó en Blanca... Ah! esa hubiese sido la solución salvadora, conforme al latente reclamo de su corazón y de sus recuerdos; pero el silencio obstinado de ella lo retrajo al fondo de su amargura: "Está visto—se decía—me desprecia. Es lo que merezco!" Incapaz para arrostrar ningún esfuerzo púgil — en su condición de mimado hijo único que entregaran a la vida con una perfecta e inútil perfección de humanista — no vio otro horizonte que el de su "garçonniere" con sus ejemplares raros y sus cerámicas antiguas. Decidió, pues, volver a la vida de antes.

El amigo, al saberlo, rezongó:

—Hum! Cuidado... Acuérdate!

—No tengas miedo. Antes lo hacía "en serio" y de veras, "en artista"... Ahora "en frío", como simple aficionado... "en amateur". No hay peligro...

Seguro de tal indemnidad comenzó a sacar de las cajas que trajera de Europa las curiosidades y libros acaparados al azar, por esta impresión de efecto o por aquel título promisorio. Colocábalos, catalogábalos y se extasiaba en su contemplación o lectura, días y días. ¿Qué otra cosa le quedaba que hacer en el mundo?

—Bah! es una locura querer gobernarlo, y una idiotez dejarse envolver en su entrevero—repetíase Edgardo al intercalar, según las materias, los nuevos volúmenes. La sabiduría consiste en vivir, no fuera de él, sino a su margen; y entrar cuando nos conviene o nos refocila, como quien pasa una hora en la fiesta...

Precisamente, cuando así pensaba tenía en las manos un ejemplar en vitela, editado en 1644 de: "El Vagabundo" o la Historia y el carácter de la Malicia y pillerías de los que viven a expensas de los demás; con varios chistosos relatos para avispar a los Simples e Incautos", por el dominico P. Nobili. Era uno de tantos libros de calidad, adquiridos en París, en casa de un erudito bibliófilo de la rue Guénégaud, enfrente mismo al "Hotel des Monnais". No pudo a menos que sonreírse, pues le vino en seguida el recuerdo de Airoll, cuya síntesis hizo bonachonamente.

—A pesar de todo, era un tipo interesante.

Y así pasaban los días y las semanas. Empero, ese diletantismo frío y razonador no era sino un disfraz. En el fondo "la sensación" de Ella y la fatalidad de su desgracia ahondaban, cada vez más, su afligente páramo interior, porque eran perdurables como raíces. En vano hizo desaparecer de su sala de trabajo el retrato de Blanca, a los diez y ocho años, un pastel de Guirand de Scevola, entonces pintor a la moda; en vano, para matar tal ensalmo, tratara de hundirse en las lecturas más obsecionantes o perniciosas—de ese lapso databa su biblioteca erológica sablamente organizada por el bibliófilo de la rue Guéné-

riente de embargo de sus obras de arte y del mobiliario. La pobreza repentina, aun en esa forma de desvalijamiento, no lo habría trastornado en otras circunstancias; pero, entonces, después de su providencial reconciliación con Blanca, después de veinte días de ensueños y proyectos arrobadores, verse así, de golpe, en la insalvable posibilidad de realizarlos por su ciega confianza, su pueril confianza en un truhán de buen tono!... No pudo soportarlo; y, a raíz de un cablegrama desolador a Blanca:—"Me han arruinado, no puedo ir, máldiceme y olvídame"—no habían podido arrancarle una palabra más ni hacerle cumplir el menor acto de la vida diaria. Eso era casi la locura.

Aquel apresurado poder general que otorgara, aturdidamente, a Airolí el día de la principesca comida de adiós en el Lido, dejábalo sin una propiedad y además endeudado por giros en deseubierto. La catástrofe había sido rapidísima, pues Airolí, temeroso de que Edgardo cumpliera su promesa y viniera en el barco siguiente, no perdió un minuto en redondear su estafa. Tan rápida fué, que la persona encargada al partir para vigilar sus bienes—un viejo tío materno lleno de achaques—no tuvo tiempo de apercibirse. Cuando fué advertido por el gerente de un banco, era demasiado tarde. Todo lo que pudo hacer fué salvarlo de una ejecución inmediata, presentándose él mismo, con su gran fortuna, como garantía. En cuanto a Airolí, presumíase que, conforme al aviso de su cínico telegrama, huyera a Chile pero allí se perdía el rastro y las más tenaces pesquisas fracasaron. Tal vez fugase a Norte América, vía Pacífico; pero lo cierto es que nunca volvió a saberse nada de él.

Tres meses duró la convalecencia de Edgardo en la tranquilidad de la quinta del tío, sobre las barrancas de San Isidro. Durante ese tiempo había llegado una carta de Suiza que el médico ordenó retener. Más tarde, cuando Edgardo, ya sano, confió al amigo su encuentro con Blanca, su promesa, su deslumbrante alegría y, por último, el telegrama irreparable al conocer su desgracia, aquél decidió definitivamente no entregársela a fin de evitar una posible recaída. Devolvióla, él mismo, con otra explicativa, aconsejando interrumpir toda correspondencia por algunos meses...

Al principio Edgardo sufría lo indecible—en su corazón y en su amor propio—al no recibir una sola palabra de ella, aunque fuese de reproche. Pero mordía su dolor diciéndose: "Te lo mereces; no tienes perdón de Dios!"—Se acabó para siempre!" Y desde ese momento cada vez que sentía subir en su alma el recuerdo de Blanca, sumábase en las lecturas más prosaicas o salía a caballo hasta matarse de fatiga. Un suceso, por cierto, natural—la muerte del magnánimo tío—contribuyó al alejamiento de la imagen querida; pues el heredar de tan cuantiosa fortuna comportaba la imprevista e inmediata preocupación de su manejo, al par que ponía en sus manos inhábiles el finiquito de las tramoyas en que lo envolviera Airolí hasta entonces desenredadas, a medias, por el difunto tío. Vinose a la ciudad, instalóse en el Plaza, y durante un par de meses no supo lo que era un instante de recogimiento o de meditación; porque mezclado, así, de sopetón, a la vida afebrada de los Bancos y de los Tribunales, faltábale

el metrófono del hábito, gracias al cual los hombres más ocupados y preocupados en las finanzas y en los embrollos, disponen siempre de un cuarto de hora para decir "buen día" a sus esposas o florecerse el ojal del smoking, al obscurecer.

Cuando, al fin, consiguiera "carta de pago" y recuperara sus bienes—sobre todo aquel "petit hotel" tan amorosamente alhajado, con sus colecciones artísticas y sus libros predilectos—surgió inminente el problema de "la vida nueva". Por un segundo—un rálampago de esperanza — pensó en Blanca... Ah! esa hubiese sido la solución salvadora, conforme al latente reclamo de su corazón y de sus recuerdos; pero el silencio obstinado de ella lo retrajo al fondo de su amargura: "Está visto—se decía—me desprecia. Es lo que merezco!" Incapaz para arrostrar ningún esfuerzo púgil — en su condición de mimado hijo único que entregaran a la vida con una perfecta e inútil perfección de humanista — no vió otro horizonte que el de su "garçonniere" con sus ejemplares raros y sus cerámicas antiguas. Decidió, pues, volver a la vida de antes.

El amigo, al saberlo, rezongó:

—Hum! Cuidado... Acuérdate!

—No tengas miedo. Antes lo hacía "en serio" y de veras, "en artista"... Ahora "en frío", como simple aficionado... "en amateur". No hay peligro...

Seguro de tal indemnidad comenzó a sacar de las cajas que trajera de Europa las curiosidades y libros acaparados al azar, por esta impresión de efecto o por aquel título promisorio. Colocábalos, catalogábalos y se extasiaba en su contemplación o lectura, días y días. ¿Qué otra cosa le quedaba que hacer en el mundo?

—Bah! es una locura querer gobernarlo, y una idiotez dejarse envolver en su entrevero—repetíase Edgardo al intercalar, según las materias, los nuevos volúmenes. La sabiduría consiste en vivir, no fuera de él, sino a su margen; y entrar cuando nos conviene o nos refocila, como quien pasa una hora en la fiesta...

Precisamente, cuando así pensaba tenía en las manos un ejemplar en vitela, editado en 1644 de: "El Vagabundo" o la Historia y el carácter de la Malicia y pillerías de los que viven a expensas de los demás; con varios chistosos relatos para avispar a los Simples e Incautos", por el dominico P. Nobili. Era uno de tantos libros de calidad, adquiridos en París, en casa de un erudito bibliófilo de la rue Guénégaud, enfrente mismo al "Hotel des Monnais". No pudo a menos que sonreírse, pues le vino en seguida el recuerdo de Airolí, cuya síntesis hizo bonachonamente.

—A pesar de todo, era un tipo interesante.

Y así pasaban los días y las semanas. Empero, ese diletantismo frío y razonador no era sino un disfraz. En el fondo "la sensación" de Ella y la fatalidad de su desgracia ahondaban, cada vez más, su afligente páramo interior, porque eran perdurables como raíces. En vano hizo desaparecer de su sala de trabajo el retrato de Blanca, a los diez y ocho años, un pastel de Guirand de Scevola, entonces pintor a la moda; en vano, para matar tal ensalmo, tratara de hundirse en las lecturas más obsecionantes o perniciosas—de ese lapso databa su biblioteca erológica sablamente organizada por el bibliófilo de la rue Guéné-

gaud; — en vano cualquier estratagema de "imposible", a base de arte, de sport o de galantería... Apenas quedaba un momento solo—es decir, sin un libro o una estampa—la presencia virtual de Ella aparecía, silenciosa, frente a su alma.

No pudo más, y en tal trance desesperante, a fin de anular el fantasma, quiso entregarse a lo que se entregan todos los débiles: a los paraísos artificiales. El whisky no pudo ser uno de ellos por irremediable inaptitud visceral, probada en mil tentativas náuseas cosas... ¿La morfina?... No! eso está bien para las "cocodettes"... y mañana la emplearán nuestras muca-mas. Así, cierta tarde, registrando la vitrina de un anticuario, encantóse con un minúsculo cofrecito italiano del Renacimiento tallado en marfil.

En el acto lo apartó para su mesa de trabajo. "En él pondré las plumas"—proyectaba... Pero, al abrirlo, notó en las junturas del sándalo que lo revestía interiormente un polvillo verdoso y adherente, de olor acre.

—¿Qué será esto?

—Hojas y flores de haschisch pulverizadas, afirmó tranquilamente el "marchand". Este joyero florentino perteneció al Dr. V\*\* ¿recuerda?... "toute la lyre"... y la servía para eso... Me lo dijo la pobre viuda, al vendérmelo...

—Hombre! es una idea...

—Una mala idea, dirá usted...

—Precisamente.

Guardóse el cofrecillo; y, en el trayecto hasta su casa, adquirió la droga en la primer farmacia. De las varias preparaciones de haschisch, familiares por sus lecturas extrañas, esa resultaba la más accesible y benigna, la "gouja," de los orientales que se adiciona al tabaco turco generalmente. Y casi se felicitaba por el suceso, pues no ignorando los peligros del reino alucinante que bordeaba, el hallazgo venía a conformar, de cierta manera, los reparos de su conciencia todavía intacta. Entre los recursos materiales que llevan al olvido, ese era no solamente el menos nocivo sino también el más simpático, acaso el único de legítimo, de clásico prestigio literario; ya que se le presumía substructum de los "nepenthes" que canta Homero; y todo el mundo sabe con qué eficacia lo empleara durante las Cruzadas aquel Terrible Fascinador de Multitudes—Hassaubeau-Sabah-Homairi, El Viejo de la Montaña.

—¿El opio, la cocaína?... Uff!... Ni que pensar! Eso huele a botica...

Como se ve, había llegado a la desesperación tremenda de razonar los propios vicios.

Así reflexionando, encerróse en su Biblioteca y lió un cigarrillo egipcio, mesturado con el divino veneno. Aspiró fuertemente la primer bocanada y se puso como de ordinario a clasificar sus "cosas de París".

La pequeña caja "de turno", esa tarde, individualizábase con este rótulo:

"Hotel Drouot — Vente Detaille — Junio de 1913".

Con un golpe seguro de cortafrío, desclavó la tapa, y entre rollos de papel de seda y liqueses desecados extrajo, con algunas Tanagras, dos ejemplares meticolosa y religiosamente embalados:

"Le Bien qu'on dit des Femmes", par Emile Deschanel, y las "Poesies d'Anacreon",—encuadernados: el primero con piel de mujer blanca y el otro con piel de negra. Edgardo pasó la mano por las tapas de suavidad inquietante, y en ese estado premonitorio del ensueño fantástico—del "Kief" árabe—imaginábase ya los cadáveres desnudos de las lamentables mujeres mutiladas, cuando cayó a sus pies la etiqueta de venta con la brutal cifra de la adjudicación: Frs. 495.

Bastó ese detalle trivial para volverlo a la realidad vacilante. Recordó en el acto las alternativas de aquel remate curioso, especialmente las del día en que algunos burgueses, en tren de coleccionistas, adquirieron, festejados por discretas sonrisas, "dos mechones de cabellos, uno de Napoleón I y el otro de Josefina": "un fragmento de sauce y otro de cemento de la tumba del Emperador, en Santa Elena", y "el paraguas que usaba Louis, Philippe, en Fontainebleau"; todas esas maravillas por menos de mil francos!

Tiró sobre la mesa los dos volúmenes, y después de aspirarse, maquinalmente, las manos, tendióse con los ojos abiertos en el diván, invadido ya de un ligero sopor voluptuoso, a medida que la luz mortecina del crepúsculo comenzaba a rutilar en los metales y en las porcelanas...

La misma escena repitióse, regularmente, en lo sucesivo cuando el degano ó la monotonía alejaban de los libros ó cuando subía silenciosa en su alma la imagen de Blanca.

Pero llegó un momento en que la inofensiva "gouja" que mezclara a su tabaco rubio, por fuerza de adaptación no le alcanzaba el olvido, y entonces ensayó las fórmulas más activas, desde la resina pura o "cherris" y el extracto graso—acre y nauseabundo—hasta el empalagoso disfraz de éste—el "dawamesk"—a base de aromáticos y estimulantes tan fulmíneos como la nuez vómica, es decir, la estricnina. Y eso era ya el linde de la ruina física y del marasmo intelectual. Había adquirido el tratado básico de Moreau sobre el Haschisch y escribía a su bibliófilo de la rue Guénégaud que le enviara un manual de erotología árabe del siglo XVI: "El Jardín Perfumado del Cheik Nefzaoui", célebre por sus fórmulas de bálsamos, opiatos y alquermes afrodisíacos. Entretanto, relajado por el "dawamesk" meloso y no resignándose a medicamentarse de ensueño con píldoras de extracto graso, ocurríese un expediente de espera: la infusión de las mismas hojas y flores, no ya en forma de te, sino mezcladas con la yerba mate. Ese sí que fué un hallazgo! ¡Cuanta visitante curiosa de sus colecciones o de su vida extraña, después de dos mates satánicos, había abandonado aquella biblioteca con las venas latentes y las pupilas deslumbradas en repentina midriasis!

La biblioteca era una cámara rectangular revestida, a partir del alto zócalo, de áspera tela verdehiedra. La ebanistería, así como el mobiliaje, estilo Jacobean, en roble ahumado. En el centro pendía de tres gruesas cadenas la araña muy simple: aro de hierro martillado con seis combas tulipas opalinas. Tanto la alfombra como los pesados cortinones de cada abertura degradaban tonos verdosos en oportuna relación de valores; así la alfombra corría matices verdiesecos y las felpas plegaban sombras verdi-

negras. En uno de los muros, estantería baja con pocos libros escogidos de poetas casi todos: Baudelaire, Verlaine, Poe, Mallarmé, Rimbaud, D'Annunzio, Darío, Oscar Wilde, Maeterlinck, etc., etc... En el "panneau" correspondiente estampas y litografías de Toulouse Lautrec Rops, y Montenegro. Junto a la estantería un cofre antiguo, siempre cerrado, y un poco más allá, sesgando el ángulo, una vitrina con cristales de Murano. En frente amplio vidrial floreado en verdes ninfas y granates sangre de toro. Debajo, recubriendo el tramo de zócalo, un antependium de brocado del siglo XVI que al par de los almohadones flácidos del ancho sofá que respaldaba, concurría en tonos, al "leit-motiv" decorativo. En el otro ángulo gran chimenea de roble esculpido, cuya repisa adornaban los más dispares y extraordinarios "potiches" y esmaltes. En el centro, bajo la araña, espaciosa mesa con algunas Tanagras y un vaso en "grés-flambée", por Lachenal.

En ese recinto recogido y suntuoso—con algo de bufete y mucho de ornacina — pasaba Edgardo largas horas, las menos leyendo y las más tendido en el diván, ausente en radiosos ensueños. De tanto en tanto salía al atardecer, llegábase hasta Palermo para emprender luego su habitual jira por las exposiciones de Florida o los almacenes de anticuarios, programa sólo alterado desde el "vernissage" al día de clausura, con una invariable visita diaria al Salón a la hora selecta: de seis a siete.

\* \* \*

Un repetido estruendo de bombas rasgó el ámbito sereno del Retiro, volviendo a Blanca a la realidad circundante; y por un momento los dos siguieron con la vista la despavorida bandada de palomas, abierta hacia el Puerto como un abanico.

—¿Qué es esto?—inquirió ella, volviéndose al amigo.

—Alguna grave noticia de la guerra—repuso él, y añadió sorprendentemente: ~~Acaso Venecia en poder de los austríacos.~~  
—¡Ah, no, por el amor de Dios!

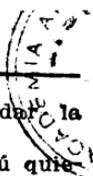
Esa férvida protesta de toda su alma irguióla tan pugilantemente bella que daba la impresión de una Victoria... Como en los ensalmos, por un segundo—el fulgor de un relámpago—transfiguróse a los ojos de Edgardo, y esfumado así su aspecto ostensible se le apareció—la vió—heroicamente desnuda y con alas! Pero ese grito no nacía únicamente del presunto ultraje a la ciudad divina; emanaba como del fondo de un quebranto por la integridad del recuerdo querido de aquella tarde primaveral y encantada que los reconciliara. Así el amor, más fuerte que todo—más fuerte que la muerte—nos apega con una tenacidad inquebrantable y al par afectiva a los objetos y sitios que un día, una hora o un segundo magnificara con su ardor celeste.

—¡Si supieras, Blanca, Blanca! las ganas locas que tengo de besarte las rodillas!

—¡Pobre buen muchacho!—contuvo ella. ¿Por qué?

—Porque te acuerdas!...

El cielo casi nocturno dramatizábase en nubes tan arrobadoras que más parecían copos de pasión o de ternura; y las palomas un momento azoradas por los estrépitos volvían ya serenamente del río a sus querenciosos nidos del pórtico.



—¿Quieres que nos sentemos?—propuso ella, para sedar la exaltación de Edgardo con una pausa banal.

—No, Blanca; vayámonos a Palermo, al Tigre... donde tú quieras... para estar solos...

—Pero, Edgardo, bien sabes que yo no puedo...

—Es cierto, perdóname! Estoy diciendo cosas de loco!

Desahogó ella en largo suspiro la recóndita angustia que dilataba sus enormes ojeras, como dos alas fatídicas, hasta las mismas sienas, e hizo los más dolorosos esfuerzos para demostrarse jovial.

—¿Cosas de loco?... Siempre la misma criatura! Ah! ah!... si te pones así me voy... y no me encuentras más... ¡Qué vergüenza! Un hombre grande que llora... ¡qué vergüenza!... ¡Un hombre grande!...

Y la pobre alma atribulada tragaba sus propias lágrimas, no ya como una novia sino como una madre.

—Ven, siéntate a mi lado y dime... ¿qué te pasa?

Vestía ella un traje túnica de seda muerta "bleu-de-roi", sin más adorno que pequeños alfanjes de pana granate aplicados espaciosamente, según la amplitud de las orlas, en el escote, bocamangas y ruedo; y como joya única un ceñido hilo de rubies en el cuello desnudo, cuya piel cálida y aterciopelada de morocha hacía resaltar, por contraste, con destellos cruentos. No era muy alta, mas al erguirse su cuerpo flexible y esbelto, finamente musculado, cobraba estaturas de estatua, en mérito a su justa proporción. La frente despejada y aquel peinarse hacia atrás prolongaban virtualmente su línea cuando asumía actitudes decisivas, pues de ordinario era más bien ondulante y lánguida.

Sobre la cornisa, las palomas, ya en casales, ponían un festón palpitante a la fachada. Los machos, inflados y con la cola epabanico, comenzaban sus rondas premiosas, bajo la sombra nupcial que fluía del cielo. De tanto en tanto alguna hembra reacia retrocedía hasta la arista misma, y cuando perdía pie alzabase en un corto vuelo, siempre perseguida, para volver a posarse un poco más allá. Y como una nota anhelosa, el son monótono y sollozante de los arrullos venía a justificar a Edgardo aquella sentencia de Paul Adam que miniara como una divisa desesperada en uno de sus libros predilectos: "El amor no es más que el canto armonioso de la pena humana".

Acercó al muro un sillón de mimbre para Blanca, y sentándose en frente dijo:

—Tienes razón, ya no sé dominar mis nervios. ¡Perdóname!

—¿Por qué dices "ya"?... No veo que hayas cambiado ni quiero hacerte la ofensa de pensar que tu pasajero contratiempo de industrial en ciernes...

—Oh! no; eso nunca!... Pero tu silencio... ¡tu obstinado silencio!

—Escucha. Ahora puedo decirte todo... Mi silencio no fué inicial y menos voluntario. Al recibo de tu telegrama te escribí en seguida... Después me ví obligada...

—¿Obligada?...

—... a no escribirte más.

—¿Por quién?—clamó Edgardo, incorporándose.

—Siéntate. No te exaltes... Por tí mismo.

—¿Por mí mismo?...

—Sí, porque no eras juicioso...

—Ah!... comprendo—rió siniestramente—cuando casi me vuelvo loco...

Como ella daba espalda a la pared, la zona de sombra envolvióla toda, desvaneciendo su imagen corpórea, de tal manera que a los ojos alucinados de Edgardo sólo se aparecía como una presencia apenas materializada por los fulgores intermitentes de las intensas pupilas negras y del rutilante hilo sanguíneo de rubíes que la guillotínaba... De la cornisa, con el monocorde gemido del arrullo, llegábales un inquieto y afelpado rozar de alas.

—¡Quién me hubiera dicho aquella tarde, en el Danieli, que mi desgracia iba a alejarte nuevamente!

—Tu desgracia... ¿Se sabe nunca?... En fin, ya ha pasado... Entonces, ¿para qué acordarte?... ¿No estoy yo aquí?... ¿No te he buscado—es la palabra, pues antes de llegar estaba al cabo de tus "buenas" manías—no te he buscado aquí ayer, al día siguiente de desembarcar? ¿Por qué te quejas?

—Mis "buenas manías"... Quiere decir que también sabes de las otras...

—Para qué ocultártelo... me traicionaría: mi franqueza y mi alma nacieron juntas. Sí; también las conozco y de ellas hablaremos otro día. Hoy quiero... pero ¿qué es esto?—interrumpióse, acurrucándose medrosa en el sillón.

Algo—quizá una lámina de cemento desprendida de la cornisa—cayera entre ellos con ese chasquido sordo que producen las primeras gotas gruesas de lluvia en las tormentas de verano.

—¿Qué quieres que sea? Alguna capa de reboque... ¡Qué mierda!

Sonrió bella, en la sombra, de su alarma pueril, y con la voz todavía insegura dijo:

—Siempre me pasa lo mismo; de noche, cuando estoy en jardines, ¿recuerdas mi horror a las arañas?

—Si lo recordaré! Cuántas veces te he hecho gritar de susto tocándote de improviso con un junco, una ramita...

—Ya ves que no he cambiado...

Y no había concluido la frase cuando, sofocando un grito desesperado, llevábase las dos manos al descote y se erguía en un temblor que daba lástima, de los talones a la nuca.

—Ah! quéasco!—dijo al fin con voz ronca, separando las dos manos abiertas paroxísticamente, mientras Edgardo trataba de enjugárselas con su pañuelo.

—¡No seas chica!... No te pongas así... no es nada... son las palomas...—y él mismo se repugnaba al sentir entre los dedos esa pringosa pasta tibia del guano.

—Pero, Blanca, si no es nada... si casi no es una suciedad... Son las palomas... ¡Cálmate!... Hazlo por mí—suplicábale él, mientras anrojaba lejos, en cualquier parte, el pañuelo inmundo.

Todo fué inútil. Ella seguía inmóvil, muda, convulsionada por repetidos calofríos, con las manos caídas, pero temblorosamente abiertas y separadas del cuerpo. Entonces, en fraternal apremio, acercóse Edgardo a secarle el seno maculado—ese trozo de cálida terracota que hendía el filo cruento de rubíes y escotaba, castamente, la orla de alfanjes granates, densos de sombra como coágulos...

Con un incoercible temblor de labios que concitaba la náusea tremenda de todo su cuerpo, se crispó al decir:

—¡No me toques!... ¡Por el amor de Dios, no me toques!...

—Pero, nenita, si esto ha de calmarte...

—¡No importa!... ¡No quiero!... ¡No me toques!

Y lo decía tan livida y con los dientes tan apretados, que Edgardo tuvo miedo.

—¿Y entonces?—murmuró él.

—Deja que me vaya.

—No puedes irte así...

—Sí, puedo; acompáñame hasta el automóvil.

Como ella no se moviera, la tomó del brazo, tal que a un amigo.

—¡No me toques! ¡Aaach! qué asco!... ¡No me toques!...

¿No ves que estoy sucia?... Yo misma no me atrevo a tocarme...

—Bueno... te dejo—accedió Edgardo; pero decidete y vámonos...

Avanzó entonces ella lentamente hasta la escalinata de la primera sala. En ese momento iluminaban los arcos voltaicos de la terraza, y esa fué como la señal de su huida.

—¡Pero, Blanca, Blanca! Te has vuelto loca... No corras...

Sonó el portazo del carruaje y Edgardo quedó en la acera como atontado.

Pasados los primeros instantes de estupor, invadióle una sensación extraña, mezcla de encono y de hilaridad. Chasquearon en los recintos las reglamentarias palmadas de clausura, y casi en seguida aparecieron las dos eternas parejas de la segunda sala. Detuviéronse un momento en un pueril cuchicheo, entrecortado con risas de memoria y se saludaron ellas apenas alcanzando las puntas de los dedos, "comme il faut", y ellos levantando desmesuradamente los codos como en los figurines de "La Mode"... Después, mientras las chicas seguían por Arenales arriba, apresurando el paso, los inocuos calaveras se decían casi al mismo tiempo:

—¿Y si ahora nos fuésemos a esperar la salida del "Select"?

—¿Tenés cigarrillos?

—No, pero allá estará Eduardo.

—Es cierto. **Vamos.**

Pusiéronse regularmente, ritualmente, los bastones de pomo martillado bajo las axilas, hundieron los prístinos pajizos "rustic" hasta cortarse las orejas, y, al atacar la Plaza San Martín, el más "corrído" de los dos tarareó, satisfecho; la condigna marcha triunfal, por cierto aprendida en el Casino o en el Royal:

"Pourvu que l'on rigolle

"a a, a va, a colle..."

—¡Qué hermoso ejemplar de imbéciles!—masculió Edgardo en su despecho reidor. Esta es la generación promisoriosa... ¡Qué hermoso país el nuestro! ¡Ja ja ja!...

Ya iba a cruzar él también la plaza, poblada a esa hora de parejas furtivas, cuando un rumor de pasos en la conchilla del jardín lo retuvo.

—¿Quién puede ser todavía?

Seguramente lo habían visto, porque los pasos se detuvieron, Transcurrió un minuto. Pasó un guardián, luego otro...

—Buenas noches, señor Siemens.

—Muy buenas...

Los arcos voltaicos se apagaron de golpe, con esa puntualidad que tiraniza la mano del mayordomo.

—Bueno—dijose mentalmente Edgardo; es la despedida... Y ahora, ¿qué hago? ¿A dónde voy?... ¡Malditas palomas! Y largó una carcajada. ¡Ja ja ja!...

Pero se contuvo con miedo de sí mismo y hasta con desprecio.

—La pobre Blanca debe estar sufriendo lo indecible; y yo me río aquí como si fuese uno de esos monigotes que se han ido.

Pero no estaba ni en su designio ni en su dolor recóndito la capacidad de vencer la caricaturesca jovialidad que lo sobresaltaba.

El "Plaza Hotel", el Palacio Paz, el Palacio Anchorena iluminaban esta y aquella ventana. La plaza, ya toda llena de noche, poblábase con los espectros temerarios del eterno coloquio sentimental... Y él iba ya a cruzar la calzada cuando de nuevo crujió la conchilla del jardín... Volvióse y vió trasponer el portón a la grácil pintora de enormes pupilas azules, horas antes extasiada ante el grotesco simulacro de "El Destino Trágico". Pasó detrás de él como si no estuviera, y ella también tomó por Arenales arriba.

—Si al menos pasase un automóvil.

En eso llegó uno.

—Vamos, Vicente López 43...

—Eh! eh!... eh! ¡Señor Siemens!

Detúvose Edgardo en el estribo y su incontenible y amarga jovialidad estalló al ver salir del Salón, gesticulante y bonachona, la silueta faltasflana de Torrini, el impertérrito intermediario de los artistas.

—¡Ja ja ja! ¿Qué le pasa, Torrini?

—¿A mí? Nada...

—¿Nada? Ya verá si lo denunció como el sátiro del Retiro...

—Siempre de buen humor, usted...

—Sobre todo esta tarde...

—Sí, ya lo he visto... Dígame, ¿es una escultora?

—Y usted, señor Torrini—contúvose Edgardo—¿es un imper-

tinente?...

—Dio Baco, señor Siemens, se lo he dicho en burla...

—Hombre, es cierto; discúlpeme... ¿Qué pasa?

—¡Qué pasa! ¡Qué pasa!... Ahí tengo la "Ballerina", de Thibon... ¿Dónde la mando?

Edgardo errumpió en una carcajada que puso nervioso al mismo chauffeur, y repuso:

—¿La "Ballerina"?... Mándela al Colón... ¡Ja ja ja!... ¡Chauffeur! Vicente López 43...

Arrancó el taxímetro con un estruendo de hierros viejos, mientras Edgardo, tambaleándose en la carroserie claudicante, oía el incansable reclamo del vendedor.

—Sí, sí... haga la broma no más y ya verá! Mañana viene un furbo y se la lleva... Thibon tiene más talento que el difunto Degas!

Cuando el automóvil se detuvo a la puerta de su garçonniere, Edgardo se tenía los maxilares con las dos manos para no seguir riendo de esa manera atroz. Como en la urgencia de un accidente, atravesó el "hall" con el pañuelo en la boca y refugióse en la

biblioteca. Allí tuvo el descanso, por lo menos físico, que dan el sitio habitual y los enseres cómplices. Echóse un minuto en el diván y aquella risa espasmódica transfundióse en llanto. Lloró hasta que tuvo lágrimas; lloró después, ya sin lágrimas, con ese llanto diafragmático que casi parece un hipo, hasta anularse en una lasitud densa. Pero, de tanto en tanto—como en los ataques—subíale a la garganta aquella terrible risa amarga que lo atacaba en el Salón. Irguióse entonces, lió un cigarrillo egipcio bien relleno de "gouja" y dijo en voz alta, como quien se da alientos:

—Mañana será otro día...

Y se dirigió al arcón historiado donde ocultaba, juntamente con las piezas más raras de sus colecciones, su biblioteca ocultista y erótica, en un compartimento epigrafiado así:

"e la mia carne

"sul mio dolore come un vestimento

"intollerabile..."

D'Annunzio, F. d. R. Atto. III, Sc. II.

En la parte baja tenía ordenada la serie ocultista, desde aquel breviario de los kabalistas por el ex jesuita Bellarminus, "Explicatio in Psalmos", editado en 1657, que devela el sentido esotérico de los salmos de David, ahondando todos los arcanos del mundo visible é invisible, así como los hermetismos de la Teosofía y de Androgonia ocultas, hasta el modernísimo volumen de Jules Bois: "El Satanismo y la Magia", con prólogo de Huysmans é ilustraciones de Malvest... Y en la parte alta—"e la mia carne—sul mio dolore"—la más refinada y místicamente obscena colección de procaçidades... Así, desde "I Ragionamenti" y los sonetos lujuriosos del Aretino hasta el Maibonius de 1795: "De la utilidad de la Flagelación en Medicina y en los placeres del Matrimonio", nada faltaba, ni siquiera el ejemplar rarísimo editado en Poitiers (1597) de "Las Epístolas Amorosas" del griego Aristenete (Siglo IV). "tournés du grec en François par Cyre Faucault, sieur de la Cou-driere".

Tenía él la frecuencia de esos volúmenes venerables de antigüedad, de agudeza y de ingenio, y apartó en seguida el del Cherik Nefraoui: "El Jardín Perfumado", célebre más que por sus imaginaciones carnales, por las sabias y definitivas recetas de opiatos y alquermes, a base de aromáticos, estimulantes y afrodisíacos decisivos. Extrajo el volumen para consultarlo en la alta noche de insomnio que le esperaba y remediarse peligrosamente el día de mañana, llamó al viejo sirviente para que le "preparara" un mate—a base de yerba y haschisch—y para distraer, alejar, la jocosu mala bilis de esa tarde, buscó en el estante "de los poetas" el primer tomo que le viniera a las manos.

Quiso el Demonio que presidía su angustia que fuese el de Rimbaud y que diera, precisamente, en la página de aquel fumista soneto "L'Oraison du Soir":

"Tels que les excréments chauds d'un vieux colombier

"Mille rêves en moi font de douces brûlures.

El volumen fué a parar a la chimenea en el mismo momento en que entraba el viejo servidor con su mate cargado de haschisch.

Tomólo Edgardo, reclinóse en el diván y comenzó a buscar, en el "Jardín Perfumado", las fórmulas de alquermes y bálsamos que ansiaba. Pero no había aspirado más de dos o tres chupadas cuando su cerebro débil, fatigado por las andanzas del día y por los excesos anteriores, amodorróse en ese estado prehípico tan fértil en alucinaciones. Y vióse entonces — he dicho mal — sintióse entonces transportado a un sitio fantástico que tenía algo de la Piazza de San Marco y del Jardín del Retiro; un sitio único, poblado, obseñado por sucesivas bandadas de palomas—palomas riejas, buchonas, calzadas, "de toca", palomas reales y palomas domésticas y hasta torcaces... Y en el centro de esa extraña y promiscua plaza columbina, él, Edgardo, empuñando un enorme alfanje, ya granatenegro de coágulos, complacíase, gozaba, al degollar, una por una, con un rápido tajo de rubíes, las inocentes gargantas tibias y afelpadas...

*M. Chaparrero*

Marzo 1918.

■ RECLAME ■

Una vez más ofrecemos a nuestros favorecedores uno de los varios modelos de **alta novedad** a precios excepcionales.



Zapato en potrillo  
charolado,  
taco Luis XV  
**\$ 15.-**

"LOS ANGELITOS"

F. HARGUINDECUY e HIJOS

ESMERALDA esquina SARMIENTO



Por su exquisita fragancia, y porque imprime  
al rostro una belleza realmente encantadora,  
las damas elegantes usan en su tocador el

# Polvo Graseoso LEICHNER

No se dejen engañar con cajas similares,  
exijan el verdadero Leichner y no otro.

VENTA EN TODAS PARTES

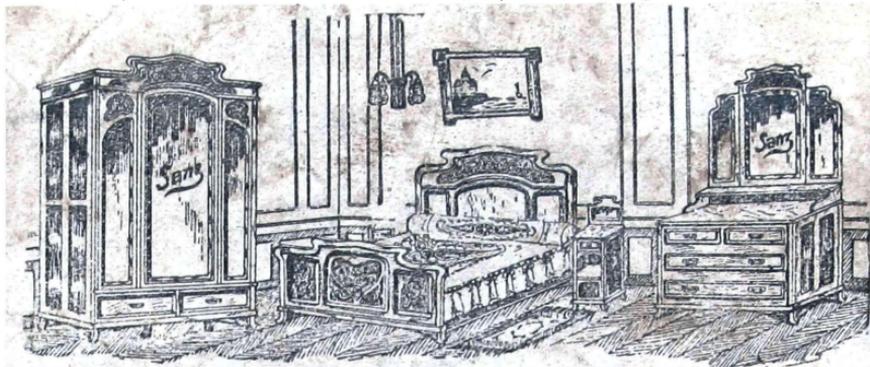
REPRESENTANTES:

En Montevideo:  
MACEDONIO FERRARI  
Juan Carlos Gómez, 1513.

En Asunción (Paraguay):  
GUILLERMO PERONI  
Ayolas esq. Benjamín Constar.

# Muebleros y Particulares

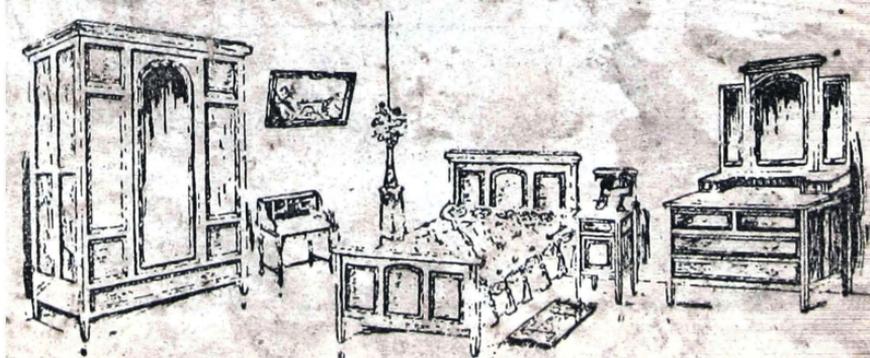
F. RAMOGNINO — CASA SANZ — 826, SARMIENTO, 844



**ELEGANTE** y sólido dormitorio 3 cuerpos, roble norteamericano, importado, macizo, bien tallado, 9 piezas, lunas bis, már. rosa. antes valía \$ 500, colcha obsequio... \$ **270**



**JUEGO DE COMEDOR**, de roble o cedro, con bronce, compuesto de aparador, trinchante, mesa para 6 personas y 6 sillas, al precio excepcional de ..... \$ **215**



**GRAN JUEGO** roble macizo, importado, 3 cuerpos, gran formato, 9 piezas, lo mejor, colcha árabe obsequio, por ..... \$ **200**